

EXAMEN DE LIBROS

EL SECRETO DE MATÍAS ROMERO

ESTE *Diario** impreso de Matías Romero es una de las grandes fuentes de la historia americana. Como diario, es mucho más completo y extenso que el de Francisco de Miranda, el precursor de Venezuela, impreso también en forma de libro. El *Diario* de Romero es completo para los diez años que abarca. El de Miranda compila a la manera de un libro sus viajes y su residencia en Estados Unidos. El de Romero ofrece también mucho más que las cartas del argentino Domingo F. Sarmiento en cuanto a descripción de hombres de su tiempo, de ideas y de la época de crisis. En él se presenta un decenio de observaciones propias, notas y pensamientos sobre Estados Unidos y México en aquellos tiempos tan difíciles.

Comprende sus viajes por el estado de Nueva York, el Occidente Medio y el Alto Sur. Puede, pues, compararse con la notable obra *Siete meses en los Estados Unidos* que escribió en 1835 el famoso científico hispano-cubano Ramón de la Sagra. Matías Romero combinó en su *Diario* los elementos esenciales de los tres escritores y viajeros latinoamericanos, añadiéndoles mucho más. Su *Diario* constituye una fuente extraordinaria y única de América Latina para estudiar la historia de Estados Unidos. Debería ser traducido al inglés, sobre todo ahora que se conmemora oficial y profesionalmente la Guerra Civil de aquella nación. Es un raro documento.

Empieza el *Diario* con la juventud de Romero y sus actividades en Oaxaca y en México, D. F., su huida con Juárez y el retorno a Veracruz. Casi todas las páginas publicadas —de la 271 a la 656— se refieren a Estados Unidos. Aquella recopilación de sucesos cotidianos llena más de seiscientas páginas que recorren tres mil seiscientos cincuenta días de la vida de Romero y una cantidad impresionante de horas que llenó con su trabajo o con alguna clase de acción. En ellas podemos ver las ambiciones del joven Romero, su laboriosidad, sus triunfos y fracasos, su enfermedad y su gradual formación política hasta llegar a la madurez. No debemos engañarnos por el hecho de que fuera joven, pues fue tan prudente y sensible como si su edad hubiera sido avanzada. Sin embargo,

* *Diario personal de Matías Romero* (1855-1865). Edición, prólogo y notas de Emma Cosío VILLEGAS. México, El Colegio de México, 1960.

mantuvo relaciones tan cordiales con los jóvenes como con los hombres más maduros de México y los Estados Unidos.

Empezó el *Diario* a la edad de dieciocho años; lo interrumpió de pronto al cumplir los veintiocho. Al regresar a México en 1867 para aceptar un cargo en el gobierno de Juárez, Romero, que había visto un mundo en agonía, tenía treinta años. Presentaba otras condiciones aparentes, además de la de ser joven por su edad y parecer un viejo: para una persona como él, que enfermaba a menudo (tenía lo que hoy diríamos un estómago delicado), eran notabilísimas su fortaleza y su constancia. Acaso un sentido extraordinario del deber y la lealtad, así como de ambición, lo hayan impulsado a ser de aquella forma ante sus superiores, mayores que él.

Era, evidentemente, hombre de gran talento, buenas formas sociales y excelentes dotes de escritor. Decidió no escribir novelas ni poesía; su estilo fino y su expresión clara deben buscarse en informes, memorias y extensas cartas. Hubiera hecho época en la historia mexicana en cualquier momento. Pero en la era de la Reforma, la Guerra Civil norteamericana, la prueba patriótica de la invasión francesa de México y la generación nada común de Lincoln, Grant, Seward, Maximiliano y Juárez hicieron más aún de él un hombre histórico. Romero no utilizó las experiencias adquiridas en Washington ni la preeminencia que ganó allí para ser presidente de México. Por su *Diario* podemos ver que fue un civil que trabajó en el gobierno. Fue una de esas figuras de primera calidad, pero en segunda fila, que necesita ser toda persona consagrada al servicio público. Romero no intervino en debates o llamadas públicas, sino en comités y gabinetes.

El *Diario* es sólo la primera de las tres partes en que pueden agruparse sus obras escritas. La segunda está constituida por sus libros, memorias y ensayos. La tercera la forma su increíblemente voluminosa correspondencia, tan sólo comparable a la de Francisco de Miranda, aunque también sus diferencias son importantes. El *Diario* de Miranda muestra el lado ligero de la política en Venezuela; el de Romero carece de ingenio y humorismo y todo en él es austero. Miranda tenía todas las cualidades del "casanova" dieciochesco, mientras que Romero hizo lo imposible por evitarlas.

En el *Diario* de Romero se ven ya los tres rasgos sobresalientes que había impreso a su carácter: gran valor, inquebrantable constancia y lealtad. Fueron elementos básicos de su personalidad y los conservó durante toda su vida. Tuvo otros, como su anormal habilidad para conservar la paciencia, que, sin duda, era la otra cara de sus represiones. Por su orientación vital —sus preocupaciones— el *Diario* no indica

más que lo que Romero era en aquel tiempo, antes de cumplir los treinta años. Algún aspecto iba a cambiar en los otros treinta siguientes; otros seguirían igual durante toda su vida. Por ejemplo, Romero era más español que mexicano por su amor ardiente por la ópera y el teatro (a los que asistía asiduamente). En la capital de México, en Washington, Nueva York y Filadelfia, Romero acudía a las representaciones siempre que podía y disfrutaba realmente con las interpretaciones de los actores famosos de la época. No le interesaba la pintura; solamente sentía una afición excepcional por el teatro. Mas no hemos de engañarnos por su *Diario*; aquello era únicamente una parte de su juventud y su asistencia al espectáculo dramático declinó primero y llegó a desaparecer después. Lo mismo ocurrió con sus padecimientos estomacales, que se han interpretado como epileptoides: más tarde sanó completamente y padeció, en cambio, de la vista. Hizo, incluso, ejercicios violentos para fortalecerse.

En algunos aspectos, el *Diario* nos muestra cómo el joven Romero procreó al Romero maduro. Se aferró a ciertos rasgos fundamentales suyos. Por ejemplo, en la fidelidad que guardó a su familia, como vemos en el *Diario*, no consistió únicamente en el sentimiento hacia sus padres, hermanas y hermanos, e incluso a los hijos de éstos, sino que, al casarse, prolongó esta afición hasta la familia de su esposa. Cuando escribió el *Diario* no se topó con una esposa, ni la menciona, pero más tarde la apoyó en vida y aun después de su muerte. Tenía también una faceta filantrópica, que aparece en su *Diario* en su caridad por el negro norteamericano. Sostuvo muchas discusiones con Montgomery Blair, director general de correos en el gobierno de Lincoln y apoderado del presidente, en el famoso caso de esclavitud de Dred Scott. Este sentimiento de compasión se extendió desde la época de su *Diario* a los años posteriores. Había ayudado pecuniariamente y se preparaba para sufragar los gastos de una escuela para niñas negras cuando murió. En otros aspectos dejó en sus páginas buena parte de sí mismo y su vida tomó un rumbo totalmente nuevo. El *Diario* no nos dice nada de la gran estimación y confianza que sentía por el indio mexicano ni de su certeza en el desarrollo de México.

Matías Romero era un mexicano que conocía a México mejor que nadie en su época, e incluso que muchos mexicanos de hoy. Era geógrafo, viajero y observador. El *Diario* sólo lo demuestra en parte, pues no cubre más que los años anteriores a sus viajes a Yucatán, Guatemala, Europa y América Latina. Estuvo a punto de ir a Japón, pero Díaz lo llamó. Empieza el *Diario* con el viaje de Romero de Oaxaca a Mé-

xico, D. F., pero siguió siendo en el resto de su vida el *romero* secular. En el lapso de diez años que cubre la obra se advierte la transformación que experimentó en sus prácticas religiosas hasta llegar a suspenderlas. Es difícil decir si se debió ese cambio a su natural formación, a la necesidad de mantener sus nexos con el grupo de Juárez. Sobre todo cuando estuvo en Estados Unidos, aprovechó las oportunidades que se le ofrecieron de visitar las iglesias protestantes y las sinagogas judías. Cambió mucho, pues adquirió un liberalismo y una tolerancia que, años más tarde, recomendaba a su hermana Luz en delicado lenguaje.

Pequeño de estatura, Romero fue un gigante en la historia. Algunas apreciaciones tienden a ridiculizarlo, como el epíteto de *Hijo del Ahuizote*. Pero sus contemporáneos lo tuvieron en gran estima a ambos lados de la frontera. Solamente el cuadro íntegro de su vida puede hacer resaltar bien su personalidad. El *Diario* y los episodios ocasionales ofrecen escenas cambiantes de una historia más larga. En la época del *Diario*, Romero y Seward, secretario de estado norteamericano, se vigilaban cuidadosa y mutuamente; pero cuando dejó de escribirlo, habían llegado a ser amigos, y el segundo, más viejo, viajó desde Alaska hasta la ciudad de México para ver a su joven amigo.

Mas a pesar de cubrir una fracción apenas de su vida, el *Diario* de Matías Romero constituye un tesoro para la historia de México y Estados Unidos. La época era intensa en actividades críticas. Es una historia del liberalismo en la práctica, del nacionalismo defendido enérgicamente por uno de los mexicanos más incansables y menos tímidos de la historia. En las páginas del *Diario* se ve con cuántas personas alternaba, a cuántas entrevistó y con cuántas conversó. Es un almanaque de acontecimientos y nombres de dirigentes intelectuales y políticos, hombres de negocios, diplomáticos y damas. Si se hubiera hecho un índice de estos nombres habría destacado en un momento su cuantía e importancia. Tampoco se incluyeron en el texto notas aclaratorias ni referencias históricas; el editor se limitó a dar una visión general en el prólogo. El volumen de este *Diario* —de por sí abultado— habría resultado desmesurado al agregarle un índice, notas y bibliografía. La biografía debería llenar dos necesidades: toda la vida de Romero y las notas escritas sobre ella y su época.

Como dice bien el editor en el prólogo, el *Diario* de Romero no ofrece mucho a quien se interese por su psicología. Sus deseos interiores, sus emociones y anhelos están ocultos, cuando no eliminados. No es un diario de revelaciones per-

sonales, sino sólo de sucesos y éstos se registran en él concisamente. Es un documento histórico, no íntimo. Pero el simple acto de escribirlo revela al escritor: la elección de sucesos que describía, el estilo lacónico con que los presenta y la continuación de los temas, a menudo interrumpidos, nos indican mucho de lo que pudiera ser el retrato personal de un joven. Era cuidadoso, reservado y velaba por sus ambiciones y su futuro. El *Diario* está escrito como si esperara utilización posterior, y, sin embargo, nadie lo vio. Más tarde (en los años ochentas) preparó una autobiografía. El *Diario* es un documento de lo acaecido, de las cosas tal como eran. No es un espejo directo de Romero.

La brusca terminación del *Diario* el 28 de enero de 1865 resulta desconcertante. Romero se había sentado en su mesa de trabajo como solía hacerlo, dispuesto a escribir; pero nunca lo hizo en aquel papel. No puede probarse que la llegada de su madre y su hermana a Washington hayan sido la causa de aquella interrupción. Estuvo, en efecto, ocupado con ellas, pero ya antes de su presencia llevaba en la ciudad una activa vida social. Conocía a muchas damas en Washington y se complació en presentar a su madre y a su hermana con las señoras de los ministros o las hijas de sus amigos, etc. No es creíble que interrumpiera una labor, continuada durante diez años, por ese motivo. La última anotación del *Diario* es tan inesperada como lo fue su muerte, acaecida muchos años después. En los miles de cartas, recopilaciones y notas que hizo posteriormente no hace ninguna referencia al *Diario*. Tal vez dejó de escribirlo para no llamar la atención de su hermana y su madre hacia él, pues cuidaban tanto sus pertenencias como él mismo. Ni en su voluminosa correspondencia, ni en otras obras se menciona tal *Diario*. Lo conservó consigo como un secreto y así murió.

HARRY BERNSTEIN
Brooklyn College

A PROPÓSITO DE BIOGRAFÍAS

LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA mexicana de 1960, como no podía ser de otra manera, dadas las celebraciones que en él coincidieron, alcanzó un volumen notable en que todos los géneros están representados. Hay en la obra de ese año para todos los gustos y necesidades, pues va de la historia militar, erudita y de gran aparato técnico, a los tratados de interpretación ideológica; del estudio social y económico a la pequeña